

BATALLAS DISCURSIVAS Y EL PODER SIMBÓLICO

Cecilia FLACHSLAND, *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*, Madrid, Campo de Ideas, 2003.

Cecilia Flachsland realiza un recorrido por la obra de Pierre Bourdieu con la intención de aportar las claves necesarias para comprender el pensamiento del autor francés. Centra sus esfuerzos en tratar de esclarecer e hilvanar los conceptos centrales que vertebran el proyecto bourdiano cuyo objetivo, señala, es el de introducirse en los mecanismos que ocultos en las sociedades capitalistas contemporáneas mantienen y perpetúan las diferencias sociales. Sostiene que el propósito de Bourdieu al hacer esto es el de indagar en la forma en que se encuentran estructuradas dichas diferencias para pasar, en un segundo momento, a pensar la manera de combatir las.

Bourdieu, según la autora, da un paso más en relación a la postura marxista al considerar que las diferencias entre las clases sociales no sólo vienen alentadas por el modo en que los agentes participan en las relaciones de producción. El consumo va a ser un aspecto central para determinar la forma en que se disponen esas diferencias. El modo de vida en general, la vivienda, la escuela que eligen para sus hijos, el tipo de música que prefieren, etc., se encuentra en relación directa con el lugar que ocupan en la sociedad, de modo que la dilucidación de la conformación de lo económico y lo simbólico en el proceso de reproducción, diferenciación y construcción del poder constituye un paso clave en el esclarecimiento de dichas desigualdades sociales. Para ello, Bourdieu desarrolla la teoría de los campos. La sociedad estaría dividida en diferentes campos, como pueden ser el científico, el económico, el académico, el político o el religioso, entre otros, dentro de cada uno de los cuales los agentes se encontrarían luchando individual o colectivamente, entre grupos o clases sociales, para hacerse con el capital común que, según la lógica de cada campo, sea el más valorado. Mientras unos, los aventajados socialmente, lucharán por mantener el sistema que hace posible su situación de privilegio, otros, los desfavorecidos o

menos aventajados, tratarán de derribarlo para instaurar, en su lugar, uno diferente que contribuya a la mejora de su situación.

Flachsland señala tres tipos de capital: el clásico o económico; el social, relacionado con las relaciones, los contactos y el prestigio; y el cultural, que comprende aquellos conocimientos adquiridos a través de la familia y las instituciones escolares. Este concepto de campo, cuyo carácter histórico lo definen como en continuo cambio, no puede ser entendido sin relación a los términos de *habitus* y capital simbólico. De un lado, el *habitus* vendría a regular las acciones de los agentes, tanto sus modos de sentir como de hacer o de actuar se encuentran moldeados en función de las estructuras sociales, son aprendidos. El capital simbólico, por otro lado, juega un papel de especial relevancia en el mantenimiento y reproducción del sistema desigual al «anular el carácter arbitrario de la distribución del capital haciéndolo pasar como natural» (p. 56). Pero para comprender un poco mejor esto debemos, antes, dejar claras algunas cuestiones. El sociólogo, a partir del análisis de las relaciones tanto internas como externas entre los diferentes campos, obtendrá un conocimiento adecuado de la sociedad, devolviendo la perspectiva histórica a ésta y, por lo tanto, desnaturalizándola, haciendo ver las relaciones de dominio como históricamente instauradas y no como naturales. Pero deberá tener en cuenta, como paso previo, la circunstancia de hallarse él mismo sumergido en la historia, formando parte de ella y, por lo tanto, participando de esas luchas por conseguir unos intereses concretos, por tratar o bien de reproducir o bien de cambiar el campo o campos en los que actúa, esto es, el sociólogo deberá poner en marcha el método del socioanálisis, objetivar el lugar que él mismo ocupa dentro del ámbito académico al que pertenece así como las categorías que ha utilizado, las cuales se encuentran limitadas por su ubicación en la historia. Este método, dirá Flachsland, constatará el carácter científico de la obra de Bourdieu. Así pues, Bourdieu se posiciona en contra del dualismo objetivismo / subjetivismo proponiendo, en su lugar, un método sintetizador de ambas posturas. Antes que posturas opuestas, las dos adolecerían de una fuerte impronta intelectual



lista que impide la visión de la situación real y sustenta los mitos que garantizan la dominación. Bourdieu coge algo de ambas teorías y propone que existen, por un lado, estructuras objetivas que son las que organizan las prácticas y las representaciones sociales al margen de los agentes y, por otro lado, la subjetividad de esos agentes, sus esquemas de pensamiento y acción que son construidos socialmente. El agente, además, es activo, pues es a través de sus prácticas que construye el mundo social. Bourdieu entendería que lo social se expresa, por una parte, en las estructuras objetivas y, por otra, en las subjetividades. De un lado señala, dice Flachsland, la objetividad de primer orden o «la distribución de los recursos naturales y los modos en que se organiza la apropiación de los bienes y valores escasos»; y, de otro lado, la objetividad de segundo orden que coincide con las representaciones simbólicas, los sistemas y esquemas que «conforman la matriz simbólica de las prácticas, las conductas, los pensamientos y los sentimientos de los agentes sociales» (p. 35).

Flachsland expone que el método que utiliza Bourdieu es el constructivismo estructuralista o estructuralismo genético, lo que viene a traducirse en que existen en el mundo estructuras objetivas al margen de los agentes que les fuerzan a pensar o actuar de una manera determinada al margen de su voluntad y que, además, parte de los esquemas de percepción, pensamiento y acción son construidos socialmente constituyendo el *habitus*. Una vez que el sociólogo analice las relaciones entre los agentes así como las posiciones que ocupan dentro de los campos, las cuales vendrán determinadas por la manera en que se combinen el capital, distribuido de forma desigual, los intereses que persigan y las estrategias que pongan en marcha para conseguir tales intereses y que variarán dependiendo de la lógica del campo, pasará al segundo momento, subjetivista, que consistirá en estudiar la manera en que lo objetivo se inscribe en el cuerpo. Hablamos de la configuración del *habitus* en función de la estructura objetiva, de la imposición de ésta sobre las subjetividades concretas. El sociólogo deberá analizar las representaciones que los agentes hacen de sí mismos y de la posición que ocupan en el entramado

social para, a partir de ahí, desentrañar la manera en que la misma posición que ocupan así como sus percepciones y pensamiento han sido establecidos de algún modo por la lógica de las estructuras objetivas.

Antes señalábamos el carácter tanto relacional como histórico. Bourdieu, dice Flachsland, concibe la realidad social como un entramado de relaciones objetivas invisibles e independientes de la conciencia y voluntad de los agentes. Y entiende que son las luchas históricas las que han hecho que los agentes ocupen las diferentes posiciones dentro de cada uno de los campos, luchas históricas que se hallan inscritas en los cuerpos y que forman parte del *habitus* de los agentes.

Bourdieu concede especial relevancia a la investigación empírica y aspira a la construcción de una sociología científica que atienda a las condiciones sociales en las que se produce el conocimiento. Va a proponer la tarea de «objetivar al sujeto objetivante» como forma de que el investigador investigue la práctica que realiza. Ha de analizar la posición que ocupa utilizando el mismo análisis crítico que ha empleado al construir el objeto de estudio, tarea que deberá ser llevada a cabo atendiendo, por un lado, a varios factores como son el lugar que ocupa en el campo de producción académica, la relación que guarda con sus compañeros, etc., y, por otro lado, objetivando las categorías que utilizó en su estudio, que variarán en función de su ubicación histórica. Ésta es una postura incómoda para quienes pretenden mantenerse en las alturas, alejados de lo banal, suspendidos en el acomodo de lo intelectual asociado siempre a cualidades superiores donde prima la figura del erudito. Incomoda a la mayoría de los científicos el tener que descubrir pequeños aspectos triviales que todos compartimos; la reflexividad epistemológica propuesta por Bourdieu obliga al descenso hacia lo común y lo cotidiano, algo inusual en el ámbito intelectual. Sólo poniendo al descubierto las propias limitaciones podrá el investigador acceder a un conocimiento científico, de otro modo se queda en la mera suposición, resultado de la creencia en una capacidad ilimitada para saber más sobre el otro de lo que éste pueda saber sobre sí mismo.

Volviendo, pues, a la interrelación entre campo, *habitus* y capital simbólico, decíamos que los sujetos, situados en campos concretos, luchan por el capital común de esos campos. Pero el análisis del campo que haga el sociólogo deberá partir del establecimiento de la posición que ocupa el campo en cuestión con respecto al campo de poder y la estructura objetiva de las posiciones que o bien ocupan los agentes o bien ocupan las instituciones que luchan dentro del campo, además de los *habitus* de los agentes que lo constituyen, de su visión del mundo que viene a ser, en definitiva, las estructuras objetivas subjetivizadas, internalizadas por los agentes. El hecho de que el *habitus* esté coordinado con el campo permitirá construir el consenso que legitima el orden social. Así es como el orden injusto se mantiene con la complicidad de los propios agentes oprimidos. Ahora bien, esto no significa que no exista la posibilidad del cambio, el *habitus* no sólo reproduce los condicionamientos sociales, sino que también produce prácticas sociales.

El capital simbólico juega un papel crucial en el sistema de perpetuación de la desigualdad al hacer que los agentes perciban la situación de desigualdad como natural. Quienes lo poseen, dice Flachsland, pueden imponer su visión como si fuera universal, establecer los criterios de diferenciación social y clasificar y construir los grupos sociales. La violencia simbólica se torna la forma más eficaz de mantener el orden social, una forma de violencia que se caracteriza por ser ejercida sobre los agentes con su consentimiento, quienes no son conscientes de ella. La Escuela es señalada aquí como el ámbito por excelencia donde se ejerce una violencia legítima. La Modernidad y la falacia intelectualista hicieron creer que tanto la educación como el desarrollo científico y tecnológico alcanzaron a todos por igual. Bourdieu, según Flachsland, señala dos deudas de la Modernidad: la Educación y el papel de los intelectuales. En cuanto a la Educación, Flachsland señala dos obras cruciales elaboradas por Bourdieu y Passeron. En la primera, *Los estudiantes y la cultura* (1964), Bourdieu y Passeron llegaron a la conclusión de que eran los estudiantes procedentes de las clases sociales media y alta los que tenían más éxito

escolar, lo cual explicaban aludiendo al hecho de que éstos, frente a los estudiantes de las clases sociales bajas, llegaban a la escuela con un *habitus* de clase, con un conjunto de saberes adquiridos previamente en su entorno social y que era precisamente el que el ámbito académico venía a privilegiar sobre los demás. Más tarde, en *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza* publicada en 1970, concluyen que el sistema escolar reproduce las desigualdades sociales por medio de la arbitrariedad cultural y la violencia simbólica que en el ámbito escolar está constituida por la acción pedagógica.

Por otro lado, en lo referente al papel de los intelectuales Flachsland destaca en Bourdieu dos momentos diferenciados. Uno que va desde los años 60 a los años 70, en el cual sostiene férreamente que los intelectuales deben centrar sus esfuerzos en la tarea del «comprender por comprender». Creía Bourdieu por entonces que de otra forma sólo conseguirían contribuir en la reproducción de las desigualdades convirtiéndose en meros servidores del poder. Y un segundo momento que va desde los años 80 a los años 90, durante los cuales su postura cambia totalmente. Considera entonces que tanto la sociología como los intelectuales deben comprometerse con la lucha política en aras a la construcción de «una resistencia contra la invasión neoliberal». Los intelectuales deben luchar unidos contra las políticas neoliberales y la imposición del pensamiento único caracterizada por la lógica del mercado procedente de los Estados Unidos; el papel de la sociología debe ser el de desnaturalizar las desigualdades. Bourdieu aboga por una Internacional de los intelectuales que se lance contra el neoliberalismo, que defienda la autonomía del campo intelectual actualmente en peligro por las amenazas de la lógica mercantil, la participación de los intelectuales en el debate público y el conocimiento universal. Una lucha semejante contra el imperialismo simbólico requiere el rescate de ciertos términos como «capitalismo», «clases», «explotación», «dominación» o «desigualdad» entre otros, pues son de especial relevancia para destapar las desigualdades sociales que ocultan los nuevos términos como son «marketing», «globalización» o «flexibilización». Es de vital importancia el poder simbólico, «un poder de



hacer cosas con palabras. Sólo si es verdadera, es decir, adecuada a las cosas, la descripción hace las cosas. En este sentido, el poder simbólico es un poder de consagración o de revelación, un poder de consagrar o de revelar las cosas que ya existen... La lucha de las clasificaciones es una dimensión fundamental de la lucha de clases» (pp.

114-5). Para tener éxito en la lucha contra el neoliberalismo es necesario, pues, librar una batalla simbólica. Si bien es imposible cambiar la sociedad sólo con una lucha simbólica, también lo es aspirar a cambiarla sin tenerla en cuenta.

Lucía ACOSTA MARTÍN

